

PASÁ DE LA SARA

Sara era una perra de esas que es difícil encontrar dos en una vida. Podenca, hija de podencos, se había criado en los puntales que delimitan el barranco de La Hoz, al que tal vez sería más real llamarle de las hoces, y el de Boquilla. Era un *animalico* que igual cazaba que guardaba el hato o barruntaba un cambio brusco del tiempo o alertaba de la presencia de alguna persona o alimaña. Típico animal de la zona, color canela y morro de fino olfato, había nacido y se había criado en aquellos terrenos, de modo que igual trabajaba en la *charnegá* del amo en el Castillico de la Hoz, El Palmosillo, el Puntal de Urrachs, como se adentraba en la Cañada de la Barrona, tras refrescar en la fuente del Hospital y cruzar la senda de Mont San Pau, para ir haciendo cuerpo en la media veda. Y decimos cuerpo, porque manos, pies y olfato no lo perdía ni en el más agosteño de los veranos.



Varias veces se había acercado uno u otros para comprarla, pero el amo se había encariñado de ella al saber lo que tenía y ni por todo el dinero del mundo se habría desecho de aquel *animalico* que le permitía, periódicamente, llevar algo de proteínas que diera sabor al puchero.

El tío Ricardo, su dueño, vivía en la casa del Chorrillo. La familia la componía, además de él y su mujer, cinco hijos entre machos y hembras. Estrechas las producciones, malvivían como casi todos los vecinos que aquellas casas: los campos eran estrechos, debidos a los desniveles del terreno, y los de las riberas estaban secos como cubo de calera; además, por la disposición del terreno, estaban tan esquilados que más bien parecían torrenteras y desagüadores que bancales. Años duros de los cuarenta y cincuenta en aquellas casas del Boquilla agravados, además de por la climatología, especialmente por los movimientos del maquis y la brigadilla.

Algo diametralmente opuesto a la vida en el otro extremo de la sierra, en la zona de Los Altos por Benali, donde los inmensos campos de sementera y los *ganaicos* les permitían acaparar las compras de la mitad de La Vall, que los cambios sociales de la época ponían a la venta.



Pero volviendo a la Pasá de la Sara, lo que nos interesa es describir cómo se vivía en la zona del Boquilla siguiendo el relato tal como me lo contaron. Algo impresionante. Verán.

Hemos dicho que el tío Ricardo, nuestro personaje tenía hijos e hijas, que fueron emigrando uno tras otros en busca de cómo poder vivir. En efecto, sólo uno de los hijos no había abandonado la casa cuando ocurrieron los hechos que pretendemos contar. Uno había marchado para establecerse como peón en una serrería en Mogente, a cuyo dueño conociera

en alguna de las sacas de pinos tras un *quemau*. Una hija estaba casada con un vecino de la zona que, con el tiempo, también abandonaron aquel paraje. Otro de los hijos escogió un camino que ya marcara la senda de las desgracias familiares. Y la hija restante se comentaba que prefirió ir a la casa de mujeres en Játiva, antes que permanecer allí.

En resumen, que uno tras otro fueron abandonando la casa paterna al precio que fuera: sin amor o sin oficio y, lo más sintomático, sin posibilidad de retorno en vidas tan cerradas como oscuras y misérrimas.

¿Qué fue pasando por la cabeza del tío Ricardo? Nadie lo ha sabido, ni entonces ni pasados los años. Cuentan... cuentan... y, parodiando el villancico, vuelven a contar. Pero la cruda realidad de aquella época, la incidencia que sobre los habitantes tuvo la presencia de ingenieros y demás funcionarios en el abandono de aquella sierra y de aquella vida... se la llevó él a las aguas que dormitan en el Charco de la Pregunta, bajo la Cueva del *Mangranero*, donde con los días sólo le encontró su fiel amiga: la Sara, la única que le había echado en falta.



Por la Transcripción
José Cerdá Aparicio